

SENDEROS HACIA LA BELLEZA

Un acercamiento a la experiencia de Dios

José Alegre, abad de Poblet

SENDEROS HACIA LA BELLEZA

UN ACERCAMIENTO A LA EXPERIENCIA DE DIOS

José Alegre,
abad de Poblet



Diseño: Pablo Núñez / Estudio SM

© 2014, José Alegre Vilas

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2721-8

Depósito legal: M-12.731-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
EN EL UMBRAL DE LA RUTA PRIMERA	9
1. La belleza salvará al mundo	11
2. Cinco sentidos y el sentido del amor iluminado	16
3. Es primavera	24
4. Es verano	30
5. Es otoño	35
6. Es invierno	40
EN EL UMBRAL DE LA RUTA SEGUNDA	45
7. El silencio, atrio de la belleza	47
8. Enséñanos a orar	53
9. Plegaria e imagen de Dios	62
10. Cómo ora un abad	70
11. No impidas la música	76
12. Tener el alma en las manos	80
EN EL UMBRAL DE LA RUTA TERCERA	86
13. Carta desde el monasterio	88
14. La partícula de Dios	92
15. Un río de agua viva	98
16. Vivir, vivir, ¿quién vive hoy?	105

17. ¡Malditas ocupaciones!	111
18. Dios danza para ti	116
19. Las provocaciones de Dios	122
20. El servicio	129
21. Alegría	137
22. El delito del silencio	142
23. El futuro, ¿una ingenuidad?	148
EN EL UMBRAL DE LA RUTA CUARTA	155
24. La religión pura e intachable	157
25. Es posible la fe hoy	163
26. En la fe también cabe la duda	170
27. La belleza de la liturgia	175
28. Confesarse, ¿para qué?	180
29. Reconciliación	186
30. El silencio de la cruz	191
31. La fiesta del Amado	199
32. El camino de la vida	205
EN EL UMBRAL DE LA RUTA QUINTA	210
33. Pascua, fiesta de la Belleza	212
34. Fuerza y debilidad de la vida	216
35. Compartir	220
36. Felicitación navideña	224
37. Dar vuelta al corazón	227
38. Conciencia, conciencia, conciencia	232
39. Felices cincuenta	237
40. Oración a santa María	241

INTRODUCCIÓN

Tienes en tus manos, o en la mesa, un libro hermoso que habla de la belleza. Lo primero que nombra es el jardín, y lo último, un niño con su madre, un niño que es príncipe de la paz, un niño distinto, *nuevo*. Los niños crecen, crecemos, preguntándonos por las cosas. Es, pues, el libro del jardín y del niño: de la naturaleza espléndidamente creada por Dios y del hombre, ese niño que pregunta y al que le llueven y le fecundan las preguntas a tiempo y a destiempo, las lluvias tempranas y tardías que nombra la Biblia; ese niño que se amustia y no crece en hondura cuando hay sequía y ausencia de preguntas. Ese niño con su madre que cierra el libro, se asoma en todas las páginas del mismo como Hombre nuevo, *Ecce Homo*, como luz nueva de infinita belleza. Lo vas a comprobar en la lectura.

Tienes en tus manos, o en tu atril de lectura, donde tantas palabras y tantos silencios se han reclinado, un libro que no puede ser devorado, sino leído con sosiego y con pausas, no de un tirón, pues es un libro sapiencial y no meramente informativo, narrativo. Es un libro que afecta a la vida, a la manera de vivir, y que está escrito por un ser humano de aquí mismo, amigo de los seres humanos y fascinado por la belleza humana,

la belleza de la vida y el misterio del ser humano, esa belleza que clama al cielo de Dios, de donde esta belleza ha bajado.

Tienes en tus manos, en tu mesa, junto al móvil –el celular, que dicen los hispanos–, un libro que te permite entrar en relación con un monje real, no de ficción. Los monjes son tal vez los únicos que no se quejan ni del espacio (el lugar donde viven), ni del tiempo (de su horario laboral y cotidiano). Todo el mundo desea vivir en otra casa y tener otro trabajo, menos los monjes... Aquí puedes entrar en relación con un monje cisterciense, aquella familia monástica que comenzó con *tres monjes rebeldes*, Roberto, Alberico y Esteban, tres hombres santos.

Tienes en tus manos, junto a la ventana, como en un cuadro de Vermeer –Johannes Vermeer–, este libro por el que entrará luz a tu interior, pues este libro, no se te olvide, debe ser leído así, desde tu mundo interior, desde un interior silencioso y sosegado, sin apresuramiento. Entre otras razones porque está escrito con frecuente uso de la metáfora, con el inevitable lenguaje poético que todos comprendemos mucho mejor que el lenguaje de los médicos o el de los informáticos. Además, ¿cómo se puede hablar del misterio del hombre, de la vida, de Dios, de la belleza y sus rutas, sino con las hermosas, sencillas y tremendas palabras de los poetas, los músicos, los artistas? Hay también números, pocos, algunas cifras,

pero son más expresivamente dramáticas que solo aritméticas.

Tienes en tus manos un libro y en tu mesa una taza humeante. Con esta caldearás tu estómago, tu cuerpo; con aquel se caldeará tu alma. Hay libros que no solo producen bienestar, sino «bienhacer». Este libro del abad de Poblet nos hace bien, es un libro benéfico, aunque si lo leyeran los actuales señores de la tierra no lo subvencionarían. Pero ya se sabe, ya lo dice el salmo: «Tienen ojos y no ven, tienen nariz y no huelen». Siempre han sido así todos los ídolos.

Cuando termines de leer este libro, te darás cuenta de que detrás hay un monje, un hombre que ha bebido y bebe en la fuente viva, que es testigo de lo que dice, que sabe de lo que habla, que todo él ha naufragado en la vida contemplativa, en el dulce valle del Bohí.

Y detrás del monje, de su hábito blanco y negro, descubrirás que hay un viejo párroco, conocedor de la vida real, de las agendas pastorales, las prisas, los agobios, los problemas, los sueños de la gente, de tanta gente...

Y debajo del viejo *clergyman* verás que se asoma el eterno maestro –que no enseñante– José Alegre, que no se conforma con vivir en la clausura de su monasterio, que sigue empeñado en ayudarnos, en enseñarnos a entrar dentro para sacar, *educere*, sacar de dentro, educar, todo lo que puede hacer más hermosa y más buena nuestra vida.

Bienvenido sea todo libro, toda cosa, toda historia, toda pena, todo gozo, que nos ayude a entrar en el trato personal y amoroso con Dios: él es la alegría, el tesoro, el amor incomparable, eterno y más hermoso del hombre, de la mujer. Él es nuestra raíz, nuestro más entrañable presente y nuestro futuro eterno. Amén.

Si amas la vida y deseas días felices, lee despacio este libro, por favor, aunque inviertas más tiempo en su lectura.

EDILIO MOSTEO SOBREVIELA

EN EL UMBRAL DE LA RUTA PRIMERA

Despierta, cierzo; llégate, austro;
orea mi jardín, que exhale sus perfumes.
Entra, amor mío, en tu jardín
a comer de sus frutos exquisitos.

Ya vengo a mi jardín, hermana mía y novia mía,
a recoger el bálsamo y la mirra,
a comer de mi miel y de mi panal,
a beber de mi leche y de mi vino.
Compañeros, comed y bebed,
y embriagaos, mis amigos (Cant 4,16s).

Esta es la belleza del jardín que el Señor Dios preparó para el hombre. Un jardín pleno de belleza donde suceden las estaciones del año y donde cada estación nos ofrece un perfil diferente de belleza.

Este es el jardín donde Dios ha querido iniciar con nosotros un diálogo de vida; un jardín que no estamos cuidando bien.

Esta es la belleza que Dios ha creado para que nosotros gocemos de ella en un compartir con nuestros hermanos.

Una belleza que nos va seduciendo a través de las ventanas de nuestros sentidos y, sobre todo, nos va con-

moviendo en nuestro espacio interior mediante *el sentido del amor iluminado*.

Compañeros, amigos, abrid las ventanas y embriagaos de la belleza que Dios ha creado para todos, embriagaos de la Belleza que salva al mundo.

LA BELLEZA SALVARÁ AL MUNDO

Querida Carmen:

Hoy, con esta carta, quiero enviarte una palabra de felicitación en vísperas de tu fiesta, a la vez que invitarte a hacer una breve reflexión sobre tu propio nombre: *Carmen, Verso, Belleza...*

Necesitamos enamorarnos de la «belleza», en este mundo que estamos maltratando en tantos niveles, y convirtiendo la belleza de la tierra, nuestra casa, en un espacio cada día más difícil para habitar y vivir.

Hoy sigue vigente, y deseada, la profética afirmación de Dostoievski: «La belleza salvará al mundo».

Una afirmación que Juan Pablo II recogió en su *Carta a los artistas*, que considero uno de sus mejores documentos, por lo menos el de más belleza. En ella, Juan Pablo II afirma que «el desarrollo de la belleza ha encontrado su savia precisamente en el misterio de la encarnación, que introduce en la humanidad toda la riqueza evangélica del bien y de la verdad, y con ella manifiesta una nueva dimensión de la belleza»¹.

¹ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* 5; 6.

Recoge también en la carta unas hermosas palabras de san Buenaventura: «Contemplaba en las cosas bellas al Bellísimo y, siguiendo las huellas impresas en las criaturas, seguía a todas partes al Amado».

La belleza es, pues, el camino para adentrarnos en el misterio de Dios. El Bellísimo es el Camino, como él mismo nos enseña (Jn 14,6). Es la belleza del Amado, como canta el salmista:

Eres el más bello de los hombres,
de tus labios fluye la gracia... (Sal 44).

Es toda una invitación a contemplarlo y a escuchar su palabra; necesitamos contemplar su belleza, como hace la esposa del Cantar:

¡Qué hermoso eres, mi amado,
qué dulzura y qué hechizo! (Cant 1,16).

Una belleza que se ha derramado en todo el espacio creado, y sobre todo en el corazón de la criatura humana, lo cual nos pide avivar el deseo de lo bello y crear belleza, armonía.

Benedicto XVI advertía en un mensaje a los creadores de belleza sobre la necesidad de «suscitar maravilla y deseo de lo bello, formar la sensibilidad y alimentar la pasión por todo lo que es expresión

auténtica del genio humano y reflejo de la belleza divina»².

Toda persona creyente debe ser creadora de belleza y estar apasionada por toda manifestación de la belleza.

El camino más luminoso es el que nos proporciona la Palabra, y la criatura más significativa en este camino de la belleza es santa María.

Pensando en la belleza de tu nombre, añadiría esta breve reflexión a partir de la Palabra y de tu advocación de María:

Elías subió a la cima del monte Carmelo, se encorvó hacia tierra, con el rostro en las rodillas, y ordenó a su criado: «Sube a otear el mar». Después de asomarse siete veces dijo: «Sube del mar una nubecilla como la palma de la mano» (1 Re 18,44).

Y llegó la respuesta de Dios a la plegaria de Elías con una lluvia abundante.

Elías subió a la cima del monte de Dios. Pasó la noche en una cueva. Vino un huracán [...] vino un terremoto [...] vino un fuego [...] Finalmente vino una *brisa*. Se tapó el rostro con un manto y se puso en pie [...] Entonces oyó una *voz* [...] (1 Re 19,11).

² BENEDICTO XVI, *Alocución*, 25 de noviembre de 2008.

Estos dos episodios tiene que ver con tu nombre: Carmen. De la paz y la belleza del mar emerge una nubecilla. Desde la nube se escucha la respuesta de Dios. La nubecilla cubrirá a María, y nosotros podremos escuchar la voz de Dios en nuestra propia lengua. El don divino se manifiesta a través de la fidelidad de la criatura humana. Es un camino de belleza.

En la belleza del monte, en la soledad y el silencio de la montaña, se escucha el rumor de la brisa divina. Es el espacio, es el silencio, en el que podemos escuchar la voz de Dios. Toda creación de belleza emerge desde el silencio sereno y profundo.

Carmen, tu nombre está unido a estas dos experiencias bíblicas. La experiencia de Dios es paz, es luz, es sabiduría. Tú, Carmen, ya tienes en ti un primer apunte de la belleza de Dios en tu nombre: *Carmen, Verso, Poema.*

Que *María, estrella del mar*, levante en ti aquella misma nubecilla que trae las aguas abundantes de la gracia y del amor divino. Que hoy, en la cueva de la cima del monte de Dios, te sientas bien y repitas en el silencio del corazón con mucho amor tu nombre, hasta escuchar la brisa divina.

Elías, después de su experiencia de la belleza divina en el monte, baja de nuevo a la ciudad...; María, después de vivir la experiencia de la mirada del Señor sobre su humildad, va a encontrarse con Isabel y canta el *Magnificat.*

La experiencia de la belleza divina abre y ensancha el corazón humano para vivir la experiencia gozosa del encuentro humano. Así nos lo sugiere el salmista:

Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos,
allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre (Sal 132).

Que santa María, con este sabor a mar y a monte, te bendiga.

P. ABAD

CINCO SENTIDOS Y EL SENTIDO DEL AMOR ILUMINADO

No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto (Rom 12,2).

Transformaos interior y exteriormente para abriros a la belleza de Dios. Esta belleza nos la va sugiriendo esa voluntad divina que desea provocar la renovación de toda nuestra existencia. Belleza que Dios ha derramado generosamente en el amplio espacio de la creación:

Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida, la acequia de Dios va llena de agua, preparas sus trigales... (Sal 65,10s).

¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto (Sal 104).

Son los sentidos del cuerpo, los que nos abren a la experiencia singular de esta belleza divina que im-

pregna toda la creación. Con nuestros sentidos corporales sintonizamos con el alma por medio y a través de la vida; y con los sentidos espirituales nos unimos a Dios por medio del amor.

La Sagrada Escritura, y dentro de esta de manera especial el libro de los Salmos, nos puede ayudar a tomar más conciencia de la belleza que ha sido creada para ti, para mí, para toda la humanidad.

Da luz a *mis ojos*, que no me duerma en la muerte; consciente de que la ceguera es una senda cerrada a la belleza de la vida. Y por esto hay una súplica repetida del salmista pidiendo esta luz:

Ábreme los ojos y contemplaré tus maravillas (Sal 118,18), pues en ti está la fuente de la vida y tu luz nos hace ver la luz (Sal 35,10).

Y recibimos este don divino que despierta un sentimiento de agradecimiento y de alabanza: «Tú eres mi lámpara, Dios mío, tú alumbras mis tinieblas» (Sal 17,29), por eso yo no apartaré la mirada del Señor, sino que me «fijo en sus sendas y medito sus decretos» (Sal 118,15), «tengo los ojos puestos en el Señor» (Sal 24,15).

La luz nos aleja de la muerte y hace radiante nuestra vida, despierta en nosotros el sentido de la belleza cuando nuestras sendas se acomodan al ritmo de la creación divina. Es un cruce de miradas: la mirada de Dios que

escruta nuestro corazón, y la mirada humana que goza en la contemplación de la luz y la bondad divinas.

El *oído* es otra de las ventanas de nuestra vida a la belleza. Como en la vista tenemos dos ojos, también tenemos dos oídos, lo que pone de relieve la importancia de estas sendas de belleza, que despiertan en el corazón y en la boca la alabanza de Dios, en la cual el mismo Dios tiene la iniciativa. Por eso pedimos:

Ábreme los labios, Señor, y proclamaré tus alabanzas (Sal 94).

Los labios proclaman la palabra escuchada y recogida en el corazón. Es preciso que la palabra «toque» el corazón, pues, como dice el proverbio, «de la abundancia del corazón habla o canta la boca». Él inclina el oído y escucha nuestras palabras (Sal 16,6), él lleva la iniciativa, en darnos la vida, en llamarnos a la vida y entablar con nosotros un diálogo vivo; y él pone en nosotros el deseo de él, deseo que le alcanza a través de nuestra pequeñez:

Señor, tú escuchas los deseos de los humildes,
les prestas oído y los animas (Sal 9,17).

De esta forma se va creando una relación concreta entre Dios y nosotros, tan concreta que la naturaleza divina quedará «tocada» por la naturaleza humana,

y la naturaleza humana «tocada» por la naturaleza divina. La humillación voluntaria de Dios y la exaltación de la dignidad humana. Una experiencia concreta que tiene una repercusión profunda en el hombre: su divinización. Así, el hombre podrá tener una verdadera experiencia de Dios en su propia carne. Hasta el punto de que san Juan podrá escribir:

Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos... os lo anunciamos (1 Jn 1,1s).

Por eso, la belleza de la obra divina recibe un nuevo sello, una nueva luz mediante la Palabra que podemos ver, escuchar, tocar... Quizá por eso en la Escritura destaca de manera especial el verbo «escuchar»; también la *Regla* monástica de san Benito comienza con esta misma palabra. Es necesario escuchar para poder llegar a tener una experiencia de la presencia de Dios en nuestra vida, en nuestra propia naturaleza. No es fácil hoy la escucha, pues este es un ejercicio que hace difícil el ritmo de la vida, muy ajena a la atención y el recogimiento. Por eso, con el salmista, yo le pido a Dios, él me escucha y adiestra mis manos para el combate de la vida (Sal 17,35), y así ensancha el camino a nuestros pasos (Sal 17,37), abriéndonos un amplio horizonte para asenderar este camino de belleza que es el camino de la vida, con alegría, con acierto. Y por eso mismo le decimos:

Mi suerte está en tu mano, me ha tocado un lote hermoso (Sal 15,5).

En tu mano, que son dos, su lote hermoso: el Hijo y el Espíritu. Así lo enseñan los Padres. La mano de Dios, que en la noche del tiempo formó al hombre del barro, es la mano que vino a bendecirnos revestido de nuestra carne, y que, en un amor extremo, la dejó clavada en la cruz; y que mediante ese mismo amor dejó la mano de su Espíritu en nuestra casa interior, para ir modelando nuestra vida de acuerdo con su voluntad.

Estas manos de Dios hacen prósperas las obras de nuestras manos (Sal 89,17); por ello todo el día le invocamos, invocamos al Hijo, invocamos al Espíritu del Hijo y tendemos nuestras manos para ponernos en las manos de Dios (Sal 87,10).

Lo mejor es, pues, refugiarse en el Señor (Sal 117,8). Refugiarme en él para gustar y comprender sus caminos, sus obras, que son obras de bondad y de belleza, son obras de luz. Por esto el salmista nos incita a gustar y ver qué bueno es el Señor (Sal 33,9), pues él sacia nuestra sed, la sed de algo más bueno, más luminoso, más bello.

Es bueno dar gracias al Señor y proclamar su misericordia y su fidelidad (Sal 91,2), pues él nos escucha, nos ve, nos instruye en sus caminos, y «sus consuelos son mi delicia» (Sal 93).

Sea el Señor tu delicia y él te dará lo que pide tu corazón (Sal 36,4); el corazón está hecho para el Señor, para escucharlo, para contemplarlo y dejar que él nos atraiga, hasta sentir la dulzura y suavidad de su besos, de su abrazo, como fue la bendición de Isaac a su hijo Jacob:

Se acercó y lo besó. Y al oler el aroma del traje lo bendijo, diciendo: «Aroma de un campo que bendijo el Señor es el aroma de mi hijo» (Gn 27,27).

Pero el beso del Señor ha sido más profundo y personal; ha besado y abrazado nuestra frágil naturaleza para impregnarnos de su mismo perfume, y ha hecho que seamos aroma suyo:

Porque somos el incienso que el Mesías ofrece a Dios entre los que se salvan y los que se pierden, para estos, un olor que da muerte y solo muerte; para los otros, un olor que da vida y solo vida (2 Cor 2,14-16).

Un Mesías que viene a reconciliarnos, a ungirnos con su perfume; un Mesías que se acerca con el aroma del amor, de la unidad; como canta el salmista:

Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos:
es unguento precioso, es rocío del Hermón,
que trae la bendición del Señor (Sal 132).

Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra (Sal 45,9), obras que nos impactan en nuestro espacio interior y ensanchan nuestro corazón oprimido (Sal 24,17) hasta hacer que nazca una canción de acción de gracias (Sal 27,7).

Además de esas cinco rutas para captar y gozar la belleza que son los cinco sentidos, Dios ha puesto en nuestro interior otro sentido: el *sentido del amor iluminado*. Es el sentido del amor. Este sentido son los ojos que ven a Dios, que conocen a Dios y contemplan la belleza de su obra y la ama (Sal 26,8). Ese sentido del amor que se despierta cuando los sentidos del cuerpo son sensibles y receptivos a la belleza de la obra de Dios; ese sentido interior que me invita constantemente a buscar el Amor, que es mi luz y mi salvación; y que yo también necesito pedir, como nos enseña el apóstol Pablo: la iluminación de los ojos del alma para comprender la esperanza a la que nos llama, el tesoro de su herencia y el poder a favor de los que creen (Ef 1,18s), que es lo que da un «saber y revelación interior con profundo conocimiento de él».

Y es cuando brota del corazón un poema bello (Sal 44,1), pues solo en él, nuestro Dios, están las fuentes de la belleza, y nuestras fuentes solamente están en él (Sal 86,7).

La belleza divina reside, pues, en su obra, la obra de la creación; y sobre todo la obra admirable de la criatura humana. Y cuando somos conscientes de esta her-

mosa y sencilla verdad, no podemos sino gritar con el salmista:

Alabad al Señor, que la música es buena,
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa... (Sal
146,1).

Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara
para nuestro Dios...

ES PRIMAVERA

¡Oíd, que llega mi amado
 saltando sobre los montes,
 brincando por los collados! [...]
 Habla mi amado, y me dice:
 «¡Levántate, amada mía,
 hermosa mía, ven a mí!
 Porque ha pasado el invierno,
 las lluvias han cesado y se han ido,
 brotan las flores en la vega,
 llega el tiempo de la poda,
 el arrullo de la tórtola
 se deja oír en los campos;
 apuntan los frutos en la higuera,
 la viña en flor difunde perfume [...]».
 Mi amado es mío y yo soy suya [...] (Cant 2,8s).

Es primavera. Es el renacer de la vida. ¡Vida!, ¡vivir!, palabras fuertes, apasionantes, que nacen del silencio del invierno.

Es primavera, la vida irrumpe con fuerza y profunda energía. Como se expresa el poeta:

Cuando una rama no puede más con la primavera que tiene dentro, por entre las hojas abundantes brota

una flor como expresión maravillosa. ¿No veis en la plenitud de las plantas la admiración de la floración? Así nosotros cuando brota de nuestros labios la palabra verdadera³.

La palabra verdadera, la palabra que nace del silencio, siempre lleva una carga fuerte de vida, y nos viene a sugerir caminos de belleza.

Es primavera cuando la vida va enlazada con el amor; la vida que nace del amor y tiende al amor.

Es primavera, es el escenario al que nos abre este texto delicioso del Cantar, donde contemplamos cómo la primavera se despliega triunfalmente en la naturaleza, como canta también el Salmo 64:

Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua, preparas sus trigales,
tu llovizna los deja esponjosos, bendices sus brotes...

Y en este ambiente de singular belleza y de vida nueva se escucha la voz del Amado, que llama a quienes escuchan sus pasos:

¡Levántate amada mía,
hermosa mía, ven a mí...

³ J. MARAGALL, *Elogi de la paraula y altres assaigs*. Barcelona, Edicions 62, 1978, p. 34.